

**Jóvenes y decisiones vocacionales:
entre el miedo y la confianza**

Los desafíos que se deben enfrentar para lograr una educación
que ayude a tomar decisiones en la vida

Pina del Core, hma

PREÁMBULO

Desde hace casi treinta años estoy dedicado a la orientación vocacional, a la consejería para la toma de decisiones, el discernimiento y el acompañamiento vocacional y en términos generales, en la animación y la pastoral vocacional.

La experiencia, el estudio, la investigación personal y académica, la enseñanza y el acompañamiento a los estudiantes y las múltiples oportunidades que he tenido de estar cerca a ellos me ha llevado a replantear con frecuencia mis conocimientos sobre las problemáticas y los desafíos que la cultura y el mundo juvenil ofrecen hoy en día a la educación. Particularmente, creo que es interesante el tema de una educación para saber tomar decisiones en la vida, de modo que se puedan identificar criterios y claves de lectura de los fenómenos cada vez más evidentes que condicionan a los jóvenes, el modo y las causas por las cuales cada día más se recae en ellos determinando enormemente las decisiones y opciones vocacionales y, por consiguiente, dejando consecuencias en la vida religiosa y sacerdotal.

La temática de mi intervención quiere hacer resonancia a un tema ya tratado en un Congreso organizado por el Centro Nacional Vocacional (Roma, 3- 5 de enero de 2009): *“Sé en quien he puesto mi confianza. Decisiones vocacionales entre el miedo y la confianza”*. Un tema tratado más en clave teológica y formativa y no tanto desde la perspectiva antropológica, psicológica y metodológica.

Las conclusiones a las que se llegó en el Congreso se pueden sintetizar así:

- ✓ La “alergia” que sienten los jóvenes de hoy para tomar decisiones frente a las diversas opciones que les presenta la vida está influyendo incluso en las decisiones vocacionales, entendidas como una llamada que viene de Dios.
- ✓ La “crisis vocacional” emergente en las nuevas generaciones es, casi siempre, una “crisis de decisión”.
- ✓ Es urgente y prioritario evidenciar la necesidad de educar sobre el sentido de la elección, la libertad de decisión, pero también, sobre una cierta recepción del misterio que acompaña cada decisión, ya que ella implica siempre una arriesgada entrega de sí mismo, una confianza especial a algo o a Alguien.
- ✓ La decisión vocacional presupone la capacidad de entregarse a Alguien con quien existe una relación de estrecha confianza, lo que constituye la esencia de toda elección vocacional conjugando la relación estrecha entre vocación y sentido de la vida, vocación y apertura al Otro, es decir, al misterio; en últimas, relación entre decisión humana y decisión cristiana.

Todas estas consideraciones interpelan la calidad de la Pastoral Juvenil y Vocacional, como también la coherencia de vida del animador/animadora vocacional o de cualquier educador llamado a abrirse primero a las mociones del Espíritu y a la llamada misteriosa de Dios.

Es indispensable identificar unas claras líneas pedagógicas para poder ayudar a los jóvenes a abrirse a la confianza y a la lectura del misterio de Dios en ellos; es decir, que puedan identificar el sentido profundo de cada realidad, cualidad indispensable para tomar valientes decisiones vocacionales.

El tema del Aguinaldo 2011 llega en un momento extraordinariamente interesante y crítico, tanto a nivel socio cultural como socio eclesial y además en el ambiente propicio que vive la Familia Salesiana. Estamos siendo fuertemente interpelados como educadores/as, hijos e hijas de auténticos orientadores y acompañantes de la juventud; se nos interpela sobre nuestros modos de enfrentar la problemática y compleja educación para que ellos puedan tomar decisiones en la vida, con sensatez, fidelidad a sus aspiraciones y visión de futuro, con discernimiento espiritual y con la sabiduría del corazón más que con los instrumentos que ofrecen las ciencias humanas, en particular las ciencias de la educación.

El trabajo mancomunado entre la Pastoral juvenil y vocacional, en estos últimos años, ha hecho madurar la necesidad de encontrar respuestas a uno de los desafíos o, como lo ha indicado Benedicto XVI, a una de la “emergencias” de nuestro tiempo: la educación de los jóvenes para que tomen acertadas decisiones en la vida.

La “crisis” de las vocaciones además, interpela a la Iglesia y a nuestra Familia religiosa; interroga nuestra actividad pastoral, interpela la vida de nuestras comunidades cristianas y solicita hacer un serio y sincero examen para evaluar la vida de fe y la pasión carismática de cada una/o; pone en cuestión nuestra capacidad educativa. “La crisis vocacional es, ciertamente, también, una crisis de propuesta pedagógica y de camino educativo” (NVNE, 30).

Esta crisis motiva, además, a las comunidades religiosas y a las comunidades educativas para que ofrezcan a los jóvenes no solo propuestas evangélicamente significativas sino también testimonios convincentes y alegres y, por lo mismo, creíbles y entusiastas. “Cuando un joven percibe y acoge la llamada, detrás de todo se encuentra, normalmente, una comunidad que ha creado las condiciones necesarias para que se dé esta disponibilidad para la obediencia” (NVNE, 19).

Obviamente, antes que nada, para no caer en la improvisación pastoral, es necesario comprender profundamente el problema de cómo los jóvenes enfrentan hoy el tema de las decisiones vocacionales de modo que podamos identificar unas efectivas estrategias educativas más adecuadas para enfrentar la delicada transición que nos espera.

Mi contribución se encuentra entre una perspectiva psicológica y una perspectiva formativa, en cuanto “orientadora”. Estoy convencida que reflexionar sobre el modo en el que los jóvenes de hoy se enfrentan a las decisiones, constituye, más allá de cualquier intencionalidad cognoscitiva y/o educativa, una ocasión muy propicia para un maduro y enriquecedor diálogo entre las ciencias humanas, en torno a un argumento que de por sí reúne necesariamente los aportes de diversas disciplinas.

La cuestión de las *decisiones vocacionales*, en particular aquellas específicas, como las religiosas o sacerdotales, debe ser también considerada dentro del contexto más general de las “Decisiones”. Generalmente, los estudiosos identifican tres situaciones críticas en las que tomar una decisión vocacional aparece difícil: la **obligatoriedad**, la **incerteza** y la **duración** que conllevaría la elección. Tomar decisiones de vida, sobre todo en el ámbito de la vocación religiosa, resulta particularmente problemático para los jóvenes de hoy, tanto en cuanto son tomadas como “obligatorias”; son concebidas como un lanzarse al vacío de un futuro indeterminado e imprevisible; o, en cuanto se considera que ninguna decisión es jamás totalmente definitiva.

Existe, sin embargo, una cuarta situación – en la que se ponen de acuerdo muchos investigadores del comportamiento juvenil – en la que **una decisión de vida no constituye un problema**: esto se constata cuando la persona ha llegado a tener un sentido unitario de la vida, es decir, cuando ha elaborado un proyecto de vida dentro del marco de una “biografía personalizada”. Este sentido unitario, a pesar de las diversas y conflictivas experiencias de vida, se puede lograr mediante la realización de elecciones de vida tomadas con coherencia en un contexto de significados y valores.

1. LOS JÓVENES FRENTE A LAS DECISIONES DE LA VIDA

¿Cómo enfrentan los jóvenes las decisiones, sobre todo las que tienen que ver con su futuro y la realización de su vida? ¿Hasta qué punto son conscientes de los riesgos inevitables, asociados a las consecuencias de la toma de una decisión? ¿Cuáles son los factores que contribuyen a determinar las elecciones y las decisiones especialmente en los adolescentes y jóvenes? ¿Cuáles son las actitudes y los estilos que usan los jóvenes para tomar una decisión? Y en relación a las decisiones profesionales y vocacionales, ¿cuáles son los obstáculos y los condicionamientos que las hacen más difíciles en el contexto de la cultura actual?

Identificar estos factores puede ayudar a los educadores y a todos los agentes de pastoral a comprender la complejidad y las dificultades de tomar una decisión en el mundo de hoy y, al mismo tiempo, a saber acompañar y orientar a los jóvenes en un proceso que los lleve a tomar una decisión con menos conflictos internos.

Con frecuencia, la reflexión sobre este tema es susceptible de caer en los acostumbrados lugares comunes: indecisión crónica, elecciones de vida cada vez más difíciles, miedo de tomar decisiones definitivas en un contexto vocacional, temor a elegir, etc. Entrando en los recónditos laberintos de las vivencias psicológicas de las personas y considerando la resonancia existencial o simplemente la recaída de algunos fenómenos culturales en los individuos o en los grupos, nos damos cuenta de inmediato de la ambivalencia de significado en el acto de elegir en el contexto actual.

Investigaciones y estudios en el ámbito de la psicología y de la orientación educativa (escolástica, profesional, social y vocacional) han evidenciado desde hace años que existe una dificultad para identificar procesos formativos de educación que lleven a las personas a tomar decisiones acertadas en la vida, en un contexto cultural que cambia continuamente, tanto en el plano de los perfiles profesionales como de los mercados laborales.

Flexibilidad, cambio y movilidad representan hoy conceptos clave en el proceso de desarrollo de la identidad en los adolescentes y jóvenes: las nuevas oportunidades de elección tanto formativa como profesional requieren de una madurez en las capacidades y los recursos personales; madurez en la que los jóvenes no son “entrenados”, dada una serie de factores que no dependen únicamente de su historia personal de vida. Los jóvenes se encuentran en medio de la crisis de una sociedad utilitarista que divaga en medio del llamado *welfare state*, un estilo de vida que ha puesto en entredicho la clásica secuencia estudio-trabajo-pensión para entrar en la conocida “*sociedad fluida*”, una etapa de incertidumbre y flexibilidad allí donde la espera del futuro parece más dramática y conflictiva (BAUMANN Z., *Modernità liquida*, Bari, Laterza 2002).

La variedad y la multiplicidad de ofertas formativas para estudiantes y profesionales, por una parte atraen y se convierten en verdaderas “oportunidades” para un futuro más calificado, mientras de otra parte constituyen un obstáculo que propicia más incertidumbre en el momento de elegir, sobre todo cuando en estos espacios académicos no son ofrecidos ciertos criterios de referencia para llevar a cabo una decisión que tenga en cuenta las capacidades y recursos, los proyectos y aspiraciones de las personas así como de las exigencias del mercado laboral y las organizaciones de trabajo presentes en el territorio.

Por lo demás, en una sociedad “fluida” en la que los valores fluctúan continuamente y las decisiones de vida pueden fácilmente cambiar, postergarse o incluso eludirse, ¿será posible elegir y decidir el propio futuro con certeza? ¿Cómo se configurarán estas decisiones? ¿Cómo educar a los jóvenes para que tomen decisiones importantes y trascendentales, pero también productivas?

1.1. El contexto en el que los jóvenes “deben elegir”

En la actualidad, tomar decisiones, dar un concepto para una elección se ha convertido en problemático debido a las nuevas generaciones que se encuentran delante de una multiplicidad de opciones y de oportunidades realizables que nunca conocieron las generaciones precedentes.

Identificados por la necesidad de “*tener que escoger*” los jóvenes encuentran dificultad para orientarse en las diversas opciones que se presentan y en la decisión consecuente; si esta realidad se evidencia por ejemplo, en el ámbito de la vida académica y profesional, cuánto más será un tema que concierne la vida integral y la realización futura.

En una sociedad fuertemente individualizada – una “sociedad de individuos” (Norbert ELIAS, 1991) – cada uno es responsable de sus acciones en beneficio propio y de su propia familia; es decir, debe hacerse cargo de sí mismo e incluso de otros: la elección es personal (cada uno debe tomar sus propias decisiones) una vez que el individuo se da cuenta que no hay una “escuela” que enseñe a tomar decisiones, ni una regla social común, ni referencias éticas definitivas o puntos de referencia que lo orienten sobre qué debe hacer en la vida. En este contexto, naturalmente, los jóvenes no reciben ayuda para elegir o tomar decisiones; de la misma manera, la comunidad humana en su conjunto, no encuentra una respuesta asertiva cuando se pregunta sobre qué decisiones debe tomar para asegurar el futuro de sus integrantes. Por tal motivo, el problema principal para la orientación de los jóvenes hacia opciones de vida maduras, es el que nos encontramos comúnmente con un individuo inseguro que debe tomar en sus manos su futuro personal –tanto profesional como vocacional- en medio de un contexto social y cultural donde los puntos de referencia se han desvanecido o, incluso, han desaparecido (GUICHARD J., 2008).

Por consiguiente, en el plano de la vivencia psicológica individual se va ampliando en gran medida el *temor a elegir* que puede tomar dos rumbos; por una parte, postergando la decisión continuamente, por la otra, cayendo en la indiferencia incluso hasta el punto de rechazar el acto mismo de tomar una decisión definitiva para la vida.

El acto que lleva a tomar una decisión sobre todo con relación a las elecciones que llamaremos “*existenciales*” en la vida pasa por una profunda crisis. La razón de dicha dificultad nos remite, antes que a factores personales y/o familiares, a factores sociales e histórico-culturales tales como la inestabilidad de la sociedad actual, la complejidad y la globalización creciente en todos los niveles, además de la inestabilidad de los modelos de vida que podemos considerar “*tradicionales*” (DEL CORE Pina, *Scelte: fattori dominanti*, in *Rogate Ergo* LXVI (2003) 8/9, 6-12).

En este orden de cosas, es necesario poner en consideración algunos *elementos contextuales* que constituyen el ambiente en el que se ha de desarrollar cualquier acompañamiento u orientación, que viene a ser el mismo contexto en el que los jóvenes deben tomar sus propias decisiones.

Incertidumbre, inestabilidad y riesgo

Los jóvenes tienen la gran tarea de elegir en medio de una sociedad llena de incertidumbres y de riesgos que no pocas veces atenta contra la identidad y los modelos de vida, en un clima sociocultural y político muy inestable, imprevisible e incierto. Como sostuvo J.F. Lyotard, indicando las características de la condición postmoderna del hombre de hoy, nos encontramos delante de un escenario en el que la complejidad, la incertidumbre y la destrucción hasta de la más mínima certeza se entrelaza con la soledad, la precariedad existencial y el individualismo.

Continuamente expuesta al “*riesgo*” en una sociedad que ya se encuentra globalizada, la libertad de las personas y los grupos no encuentra “*zonas de protección*” que le proporcione seguridad y apoyo para soportar el peso y la inquietud que conllevan de suyo el “*deber elegir*” que ya no se encuentra sobre las bases de los llamados sentidos de pertenencia o referencias estables (BECK U., *I rischi della libertà. L'individuo nell'epoca della globalizzazione*, Bologna, Il Mulino 2000).

La percepción en todos los niveles de la vida humana de una evidente incerteza con respecto al futuro, tanto en el nivel personal como en el social e histórico, exige que debemos asumir ciertos riesgos que no siempre pueden ser prevenidos. De esta situación depende el miedo a equivocarse, la incapacidad para discernir qué cosas son las esenciales para invertir nuestros propios recursos y energías, no solo en el plano meramente económico; la dificultad para reconocer y luego recorrer la dirección que deben tomar nuestras decisiones, consecuentes con lo que debemos hacer.

“Existen razones históricas más precisas – escribe José Angelini – que ejercen suficiente fuerza sobre el hombre de nuestro tiempo al punto de hacerlo proclive a una cierta actitud de desapego con respecto a las formas más inmediatas de la experiencia, y, por consiguiente, llevarlo a alimentar un presentimiento de incerteza crónica de frente a todas las situaciones que se le presentan y en las que tiene que elegir” (ANGELINI G., *Le ragioni della scelta*, Magnano (BR) Ed. Quiqajon 1997, 27).

Si se aplica la categoría de “*riesgo*” a las decisiones existenciales, como el matrimonio, la vocación religiosa y sacerdotal, o a otras formas de realización personal, es conveniente aclarar que en las sociedades complejas necesariamente se debe pensar en términos de riesgo, quierase o no, ya que se debe tener en cuenta que, “a diferencia del pasado, las sociedades de hoy tienen un futuro mucho más abierto en término de oportunidades y, consecuentemente, de incógnitas que son concomitantes a las múltiples alternativas” (GIDDENS A., *Il mondo che cambia. Come la globalizzazione ridisegna la nostra vita*, Bologna, Il Mulino 2000, 42).

Pero el riesgo más radical es el de la *libertad*. **No hay verdadera elección sin libertad**; de la misma manera, no hay libertad sin la posibilidad de ejercitar las propias capacidades para el tomar decisiones libremente y con sentido de responsabilidad. En este sentido, cada ser humano está llamado a ser el artífice de su propia vida, en el día a día de su existir, haciendo un duelo, cara a cara, con el riesgo: tanto en las decisiones de la vida académica y profesional, como en medio de las opciones existenciales o vocacionales. En efecto, nada está garantizado, nada puede darse por descontado, estamos expuestos cada minuto a innumerables posibilidades y alternativas, e incluso, como si fuera poco, a fáciles regresiones sobre las decisiones tomadas para demostrar casi artificiosamente una convicción que se ha vuelto común: la *reversibilidad* de las decisiones.

La comunidad humana en su conjunto se encuentra en una estación que podríamos llamar de **incerteza**, que - como afirma E. Morin – se ha convertido hoy en día en una categoría estructural del diario vivir que hace que la persona no descubra el dónde ni el cuándo confrontar un futuro personal que cada día tiene límites más indefinidos. Por tal motivo, los jóvenes toman sus decisiones vitales en un clima social, cultural, político y ocupacional que es verdaderamente inestable, lo que ocasiona que el trabajo de orientación sea lo suficientemente dispendioso como para superar las encrucijadas que proponen la multiplicidad de referencias; esta situación causa un estado llamado “procrastinación” es decir, una situación en la que se encuentra el joven que siempre pospone la decisión para más adelante.

Este estado de cosas sirve para toda clase de elecciones, más aún cuando se trata de las opciones existenciales en la vida que llamamos “tradicionales” y comunes como el matrimonio, la vida religiosa o la sacerdotal. Esa especie de incertidumbre un tanto endémica de la sociedad ha golpeado incluso los modelos de vida que siempre habían construido la identidad y la felicidad de muchas generaciones en el pasado; tales modelos no son lo que fueron hace tiempos tanto en su significado interno como en la misma vivencia subjetiva de las personas. Matrimonio y familia, para el mundo de hoy, han dejado de ser instituciones estables para convertirse simplemente en “lugares” en los que los individuos se encuentran unidos preferiblemente por la superficialidad de las emociones; ya no son algo “natural”, un modelo de vida propuesto a los jóvenes como una etapa de la existencia que todos experimentan.

El haber determinado estas vocaciones fundamentales no tanto como “proyecto de vida” o como “compromiso” sino simplemente como “relaciones” para vivir, produce notables consecuencias en el plano de los significados y las decisiones. Por ejemplo, la estabilidad con la que tradicionalmente contaba el matrimonio, visto precisamente como una relación “estable”, ha sido puesta en discusión hasta el punto de que esta opción de vida ha llegado a ser, en las últimas décadas, una institución en verdadera y notable crisis.

Precariedad laboral y existencial

«La precariedad absoluta aterroriza a los jóvenes...», de este modo, con frecuencia, la prensa titula las noticias que difunden los resultados de las investigaciones estadísticas que cada año

hacen el análisis de la situación laboral de los jóvenes; de estos estudios nos podemos dar cuenta que prefieren un trabajo seguro, aun cuando no sea tan bien remunerado, que un trabajo donde deban estar sujetos al riesgo de la inestabilidad; los jóvenes, al respecto, no aman el riesgo, sino que optan por un mercado laboral en el que se defiendan las tutelas con respecto a los derechos de que gozan. Por ejemplo en Italia, un país donde la tasa de desempleo juvenil está entre las más bajas de Europa, un gran obstáculo al crecimiento del empleo es, precisamente, la *precariedad laboral*.

En el contexto ocupacional, los jóvenes son cada día más trabajadores “precarios” por la dificultad que tienen para participar en el mercado laboral: este es uno de los puntos más críticos del sistema político y laboral de cualquier país. De este modo, podemos comprender el porqué los jóvenes prefieren refugiarse en la búsqueda de la tutela de sus derechos sociales y afirman preferir trabajos seguros aunque sin buena remuneración, para no tenerse que ver inmiscuidos en medio de los riesgos de un mercado que los sacaría del juego de las oportunidades.

La precariedad es el dato de fondo que reúne sobre todo a los jóvenes que pueden acceder al trabajo inmediatamente después de finalizar su etapa de preparación académica, bien sea la formación básica de pregrado o la especialización a través de alguna maestría o doctorado. Esta situación se encuentra en el origen de una fuerte des-motivación que se ha difundido bastante en los adolescentes que estudian: *“no es suficiente estudiar mucho... no nos ilusionemos... quizá luego no encontremos trabajo”*.

El fenómeno de la desocupación juvenil va en crecimiento y desde una perspectiva de género afecta más al mundo femenino y, desde el punto de vista geográfico, es más evidente en el sur de Italia. No obstante se haya dado un crecimiento de la competencia académica, sin embargo muchos de los jóvenes graduados, especialmente aquellos que optan por los cursos breves (tecnologías en lugar de licencias profesionales), aún no encuentran trabajo. Y aquí sigue otro fenómeno: como cada día es más difícil que los recién graduados encuentren trabajo, entonces es necesario seguir estudiando; por tal motivo los estudios superiores breves no han solucionado definitivamente el tema de la desocupación juvenil. Con las obvias adaptaciones a las situaciones locales y al avance tendencioso del fenómeno, en el retrato que estamos haciendo, el riesgo que tienen los jóvenes de abandonar el estudio en vista de la meta de encontrar un trabajo –una buena oferta de trabajo – se encuentra todavía muy alto para la población juvenil en muchos países del mundo, incluso en occidente.

¿Cómo se presentan los jóvenes de hoy frente a las decisiones de su futuro? ¿Hay incertezas e indecisiones o, al contrario, riesgo, temeridad e inconsciencia? Quizá podamos hablar simplemente de “precariedad” y “suspense”... pero no por su culpa... La sociedad, en efecto, piensa que la *precariedad* constituye una obvia “solución” para salvar la sociedad en el plano económico, social e incluso psicológico.

Naturalmente, quizá nadie se sienta interesado en preguntarse qué conlleva, en el plano individual y en el del desarrollo de la personalidad, esta situación de inseguridad y ambigüedad en lo que concierne al mundo del trabajo y la inserción social y vital. Allí vemos una situación de inseguridad que no permite construir una identidad adulta y que constituye una dificultad para identificarse con la cultura del lugar de trabajo que les ha tocado y del cual pueden ser “expulsados” en cualquier momento; finalmente, hay que considerar la ambivalencia en torno a un futuro que no son capaces de imaginar, por lo menos en el plano productivo y reproductivo, y menos aún en el nivel propiamente existencial.

Prolongación ‘desmesurada’ del tiempo de la adolescencia

La configuración actual del mercado laboral en concomitancia con la creciente solicitud de especialización académica y la crisis en la oferta de empleo para los jóvenes, favorece en el mundo de hoy la dilatación desmesurada del tiempo de la adolescencia. Como consecuencia está la permanencia prolongada en el seno familiar y, ulteriormente, un creciente retardo en la toma de decisiones vitales.

La edad promedio en Italia para salir de casa gira en torno a los 25 y 30 años de edad, generalmente al mismo tiempo que se concreta el matrimonio o la convivencia, o cuando llega el momento de la independencia, en el caso de los solteros. Sin embargo, en la península, casi el 70% de los jóvenes entre 25 y 29 años, y más de un tercio de los jóvenes entre 30 y 34 años viven todavía con sus padres.

Muchos aspectos de la sociedad moderna influyen en estos procesos “retardados” o lentos de crecimiento; por ejemplo, se encuentra como causa la prolongación de los procesos académicos que en el pasado eran más cortos, por consiguiente, el ingreso tardío en el mundo laboral; de allí, pasamos a la precarización del trabajo, que constituye un grave obstáculo para conseguir ocupación bien remunerada; si esta no se da, se atrasan las posibilidades de elegir la vida matrimonial o de decidir formar una familia con hijos.

La situación italiana es emblemática en lo que concierne la dificultad para formar a los jóvenes y hacerles ver la necesidad de la independencia de modo que puedan desvincularse del núcleo familiar con más facilidad, como les ocurre a los jóvenes europeos de otros países que eligen vivir solos incluso mucho antes de conseguir su primer trabajo.

«La familia constituye un núcleo protector que salvaguarda a los jóvenes de la marginación económica y afectiva; pero esta protección, si de una parte representa una cálida y confortable cuna de la que es difícil desprenderse, por otra parte, puede llegar a ser un verdadero obstáculo que impida a los jóvenes afrontar responsabilidades y organizar proyectos de vida » (EURISPES 2007-2010).

No es casualidad que la elección de traer hijos al mundo sea cada vez más tardía y esté frecuentemente limitada a un solo hijo y, en muchos casos, se imponga mejor la renuncia a tenerlos, aun cuando sea dolorosa.

Pensemos, además, en la elección del matrimonio: como había resultado en las anteriores investigaciones (IARD 2002, 2006, 2007), se confirma cada día más una reducción en el porcentaje de parejas que deciden casarse; es un tema que a los jóvenes de 24 años no interesa y a los de 25 a 29 años interesa más bien poco, esto es, entre un 32% y un 23%. En la edad de 30 a 34 años se concentra la gran mayoría de matrimonios, pero como lo advertíamos, aún una gran cifra de un tercio de jóvenes en esta edad son solteros.

La prolongación de la adolescencia y la costumbre que va siendo común de afirmar que el periodo entre 18 y 25 años (definido *emerging adulthood*) es ya una especie de adultez contribuye a crear una condición juvenil que vive la existencia en una dimensión de incertidumbre no solo sobre el futuro sino también sobre el presente. Toda esta situación evoca la imagen de la dependencia, de la incompetencia de individuos cronológicamente adultos pero psicológicamente infantiles que llevan en sus espaldas procesos de desarrollo típicamente adolescentes. La etapa denominada *emerging adulthood* se caracteriza por tener cinco elementos: **exploración** de la identidad, **inestabilidad** y consecuente **reversibilidad** en las decisiones, **introversión** que permite al joven-adulto construir autonomía e independencia, y, finalmente la experiencia de “**sentirse entre**” diferentes posibilidades [ARNETT Jeffrey J., *Emerging adulthood. The winding road from the late teens through the twenties in American Psychologist* 55 (2000) 5, 469-480].

La prolongación de la transición hacia la adultez, a la vez que representa un aspecto novedoso con respecto al pasado, lo que podría constituir un valioso recurso en cuanto tiempo de ponderación más juiciosa de las posibles decisiones existenciales, sin embargo es también, al mismo tiempo, un desafío: poner punto final a un periodo de crecimiento que pareciera no terminar jamás.

En efecto, las transiciones son momentos particulares de la vida que se producen en medio de eventos críticos (previsibles o no) y que producen incertidumbre. Pueden ser factores de impulso y de maduración o también constituir un obstáculo que puede bloquear el proceso de desarrollo. De este modo, por ejemplo, la independencia del hogar paterno produce diversos eventos: autonomía que coincide con la constitución de una unión de pareja, pero también inestabilidad conyugal

precoz y, consecuentemente, una mayor presencia de familias “monoparentales”. Tales fenómenos, cada día más difundidos, no son indiferentes cuando un joven debe tomar una decisión que lo va a comprometer toda la vida

Reversibilidad versus flexibilidad de las decisiones

Esta etapa de la historia, caracterizada por un aumento en la fragmentación de las instituciones debido a un conjunto de factores de orden cultural, económico y político, hace propicio el ambiente para que las personas tengan, cada vez menos a su disposición, **referentes de coherencia** que puedan compartirse para que se conviertan en paradigmas de decisiones bien tomadas. Mientras se multiplican los sentidos de pertenencia y las oportunidades de realización personal, al mismo tiempo la identidad del individuo se va construyendo sobre la base de elementos que con frecuencia son contradictorios y la elección se convierte en el único punto de referencia al cual apelar para buscar coherencia, aun cuando conserve su carácter de *reversible*.

Este fenómeno, que en los últimos años pareciera haberse difundido con mayor frecuencia entre las nuevas generaciones, está unido a la idea que los jóvenes tienen del futuro; para ellos, mantenerse abiertos a muchas posibilidades – las múltiples ofertas de la sociedad – los lleva a asumir una actitud que necesariamente está caracterizada por la reversibilidad; es decir, la posibilidad de desandar los pasos dados para abrirse a nuevas perspectivas. Si los proyectos posibles se multiplican, es importante aprender a encontrar alternativas, entre las que se encuentra incluso la fuga.

Frente a una sociedad dominada por la movilidad social y profesional ellos asumen una orientación más flexible que no se dirige tanto hacia una decisión o determinación definitiva sino a la experimentación y exploración continua, en una especie de fluctuación de sí mismos y de sus propios proyectos de vida. Así las cosas, se postergan, a la fuerza o libremente, diversos periodos de cambio: el tiempo de transición de la universidad al trabajo, de la familia paterna a la familia adquirida; se elige vivir prácticamente en el presente privilegiando las relaciones amicales y familiares; se transita hacia el futuro explorando una variada gama de alternativas durante el proceso de construcción de la propia identidad.

De este modo, *el proyecto personal y profesional* del propio futuro se va construyendo poco a poco, mientras se define gradual y lentamente, confrontándose de continuo con miles de oportunidades que en su mayoría son precarias y contingentes. Esta proyección de futuro se podría definir como “**estancada**” porque debe esforzarse demasiado para concretarse y traducirse en proyectos existenciales; también podemos decir de ella que es vaga y “divaga” en el sentido de que no está orientada a la toma de decisiones sino que se detiene en el umbral de una continua exploración.

La tendencia hacia una actitud cada vez con más visos de reversibilidad y fluidez en confrontación con las decisiones que deben ser estables parece que se encuentra relacionada con otra tendencia, también confirmada por muchas investigaciones y que puede llamarse presentificación, es decir, un interés excesivo por la inmediatez. Los jóvenes, sin renunciar al deseo de auto determinación de sus propias decisiones, sin embargo manifiestan una evidente dificultad en la proyección de su futuro a mediano y largo plazo. Esta dificultad parece que se debe, entre otras cosas, a la asimilación de un estilo de comportamiento que ha sido lo suficientemente enfatizado como para que hoy en día al interior de los contextos productivos se valore más la capacidad de los jóvenes de ser eficientes en el actuar y el orientar sus objetivos a breve e inmediato plazo.

1.2. Actitudes de los jóvenes con respecto al futuro y las decisiones de la vida

¿De qué modo los adolescentes y jóvenes se confrontan con el futuro? ¿Cuáles son sus actitudes o, mejor, sus representaciones del futuro en las que basan sus expectativas y sus sueños sobre el porvenir? No es fácil indagar en estos aspectos: se trata de poner el acento sobre el sistema de prefiguración del “Yo Futuro” y el “Yo Ideal”, pero también mirando a los múltiples “Yo Posible” y

teniendo en cuenta las diferencias y alternativas que pueden surgir cuando se confronta el “Yo Real” y presente con el “Yo Ideal” y futuro”. Tocar este tema conlleva entrar en los complejos procesos de formación de la identidad, entre los que se encuentra la *definición de sí mismo* que constituye un punto crucial y la *proyección de sí mismo* que es un elemento estructural de la identidad personal. El análisis de representación del futuro permite comprender la representación de un “Yo Futuro”, es decir, la proyección de sí mismos en el porvenir, el proyecto personal o proyecto de vida que constituye un indicador de cambio individual por parte del adolescente, además de ser un factor de crecimiento y de formación de la identidad.

Representaciones e imaginarios

Cuando se debe hacer una elección y tomar una decisión, uno de los factores que más influyen es la propia visión de futuro; o mejor, la representación que cada uno construye de su porvenir y, naturalmente, las expectativas con respecto al futuro.

Son numerosas las investigaciones que en estos años se han realizado tratando de explicar estos comportamientos y actitudes sobre todo en los jóvenes, buscando comprender un poco más sobre la conciencia que asumen o la irresponsabilidad que evidencian, según cada caso, con respecto a las decisiones fundamentales para su futuro y las previsiones relativas con respecto al porvenir tanto académico como profesional o existencial.

De los resultados se puede concluir que los jóvenes tienen una cierta conciencia de su futuro personal, con ideas más claras sobre el porvenir de su vida privada (casados o solteros, padres o madres...) que sobre lo que pueden prever sobre su vida profesional. No obstante, sin restarle importancia a las cosas que podrían suceder, la mayoría de los jóvenes expresa una clara y evidente tendencia hacia la *dimensión presentística* de la existencia y una cierta dificultad para prefigurar unos definidos proyectos de vida en el futuro. Esto es evidente sobre todo en la indeterminación de las decisiones que se toman hasta los 24 años que, probablemente, prospectan la prevalencia de una orientación sobre otra para el futuro.

En el último informe IARD se evidencia el modo como ha crecido la tendencia a pensar en el futuro de manera optimista y confiada: 3 de cada 5 jóvenes tienen una visión positiva sobre sus posibilidades y alternativas de lo que el futuro le podrá ofrecer; sin embargo, no hay que olvidar el porcentaje (1 de cada 3) de aquellos que sienten miedo al futuro y que, por lo tanto, ven su porvenir en medio de riesgos y de incógnitas. Por una parte, consideran que sea importante tener objetivos y metas (77%), por otra parte creen que es mejor estar abiertos a las múltiples posibilidades (78%).

La visión de futuro, por lo tanto, es aquella de un vasto campo de posibilidades siempre abierto a nuevas oportunidades y, por lo tanto, a nuevas elecciones. Por lo tanto, dedicarse a decisiones demasiado vinculantes “no es placentero” o quizá no vale la pena; en efecto, ha crecido el porcentaje de aquellos que creen en la reversibilidad de las decisiones tomadas (57%): nada debe aparecer tan irreversible que no pueda ser corregido ya que lo que no puede ser cambiado se convierte en un obstáculo a la capacidad de adaptación y de respuesta a un mundo que se somete cada día a nuevos desafíos para enfrentar.

La idea de “flexibilidad” que lleva a los jóvenes a adaptarse al mercado laboral, parece no ser únicamente una condición que se refiere al ámbito laboral sino que se extiende a todos los aspectos de la biografía de la persona hasta tocar la misma idea de futuro como dimensión constitutiva de la identidad. Por lo tanto, disminuye la tensión proyectual que polariza el compromiso y aumenta un sentido de impotencia que parece entorpecer y desacelerar los procesos de crecimiento.

Sin embargo, como han evidenciado numerosas investigaciones, los jóvenes demuestran que son particularmente hábiles para moverse en esta condición de incertidumbre, presentando una orientación hacia el futuro con más mesura y “acartonada” sobre el presente, aun cuando permanecen abiertos para explorar continuamente las posibilidades que les son ofrecidas por un

futuro continuamente cambiante, provisional e incierto (IARD, 1997, 2002; 2007, COSPES, 1995; CENSIS, 2004).

En síntesis, con relación a la proyección del futuro, de los resultados de las investigaciones podemos deducir que nos encontramos delante de

“Jóvenes de ideas claras en el ámbito de la vida privada pero que están desorientados y poco formados para poder identificar proyectos profesionales. Este dato puede hacernos concordar hipótesis explicativas diferentes: por un lado, el ámbito afectivo puede aparecer como un sector de la vida en el que el individuo puede ejercer mayor control, a diferencia del ámbito profesional en el que intervienen factores y dinámicas muy complejas. De otra parte, sin embargo, este resultado también puede indicar que los jóvenes desde un punto de vista proyectual, se detienen más en la vida afectiva que en la carrera: la vida relacional y sentimental se convierte así en el eje de la construcción de la propia identidad adulta” (GARELLI F., *Chiamati a scegliere. I giovani italiani di fronte alla vocazione*, Cinisello Balsamo (MI), San Paolo 2006, 34).

Proyectos y búsqueda de sentido entre esperanza y confianza

Las actitudes frente al futuro, que son prevalentemente de naturaleza afectiva, dependen de múltiples factores tanto personales como sociales. Entre las variables personales son importantes las percepciones del tiempo en sus tres direcciones principales de pasado, presente y futuro, y la consecuente percepción de continuidad y discontinuidad temporal. Incisiva es también la percepción del valor positivo o negativo de los acontecimientos que se proyectan o se prevén, pero también de las probabilidades subjetivas de su realización. Naturalmente, no se puede descuidar, sobre todo en relación con el futuro, la importancia que tiene la perspectiva temporal que deriva de una amplitud del horizonte cognitivo y que incluye, especialmente en la adolescencia, la dimensión futura, tal y como se evidencia en los estudios sobre la formación de la identidad adolescente.

El futuro, en efecto, adquiere una relevancia y una profundidad que en las edades precedentes no se conocía, pero solo en la medida en la que el adolescente es capaz de visualizarlo en un proyecto que a partir del presente orienta sus energías y sus acciones en la dirección de un objetivo que se difiere en el tiempo.

La tensión dinámica hacia el futuro y la proyección son fundamentales para la formación de la identidad en la adolescencia (Del Core, 1996). Precisamente en esta fase se advierte siempre como más urgente la exigencia de organizar la vida de cada día y de hacer proyectos hacia el futuro. La atención que se preste a proyectar el porvenir y también el ejercicio mismo de proyectarse producen un estímulo motivacional que lleva al adolescente a ensayar proyectos de acción y a establecer los objetivos que quiere alcanzar durante su vida.

La proyección no es una conquista espontánea y automática. Tiene necesidad de consolidarse en un ambiente con condiciones para desarrollarse y que pueda ser posible; aun cuando continúen los temores, sin embargo prevalecerá la esperanza y la confianza en el tiempo. Es la esperanza de lograr el éxito en la toma de decisiones, pero también de lograr llevarlas a feliz término en su realización de modo que se pueda ir dando un significado a la propia existencia.

«Parece que sin la esperanza no es posible dedicarnos a planear el porvenir; ella se basa en dos elementos, generalmente concomitantes, aun cuando la importancia relativa de cada uno varía según las vivencias personales de los individuos: 1. La confianza en las propias capacidades; 2) la convicción que existan, en la actualidad y en perspectiva, las condiciones concretas para la realización de un proyecto de vida» (Rampazi M., *Il futuro*, en Cavalli A. (a cura di), // *tempo dei giovani*, Bologna, Il Mulino 1985,215-263,217).

La proyección de vida puede ser posible cuando a pesar de las ambivalencias prevalece la confianza junto con el deseo de iniciar a construir el futuro desde el presente para lograr un fin que aparentemente está lejos en el tiempo. La proyección se presenta como núcleo propulsor de

actitudes y de elecciones para el futuro; permite, además, que se presente de la posibilidad de tomar decisiones realistas y que correspondan a las aspiraciones personales, elaborar un proyecto de vida siempre y cuando vaya de la mano con el descubrimiento y asimilación de aquellos valores que dan sentido y finalidad a la vida.

Del análisis de la literatura sociológica y psicológica resulta que la situación de precariedad es vivida en la mayoría de los jóvenes con **una profunda pregunta de vida que va en la dirección de la búsqueda de sentido**, para dar unidad y finalidad a la multiplicidad de experiencias propias. No obstante estas consideraciones, continúan sin embargo las dificultades para estabilizar la identidad personal en la sociedad actual, demográficamente pluriétnica y culturalmente pluralista; dichas dificultades no pueden considerarse de poca relevancia, entre el riesgo de una *identidad flexible* que poco a poco se desvanece y una rigidez etnocéntrica, muchas veces incapaz de entablar relaciones con la “diversidad” del otro.

La *búsqueda de sentido* está fuertemente unida a la *búsqueda de identidad* y esto depende sobre todo de los sistemas de significado y los valores presentes en la vivencia juvenil.

Con mucha frecuencia la primera y más inmediata respuesta a esta pregunta de sentido se busca con cierta “avidez” y ansia de seguridad en el estrecho ámbito de las *relaciones interpersonales*, sobre todo en aquellas *amicales y afectivas* junto a aquellas *familiares*. Tal respuesta caracteriza a los jóvenes en particular en su relación con los valores y las cosas más importantes de su vida; lo evidencia de manera empírica la serie de investigaciones IARD cuando afirma que existe un núcleo fuerte de valores (familia, amor, amistad, trabajo y autorrealización) que representan el punto focal de su atención: se trata del área de la *sociabilidad restringida* que parece concentrar la importancia de estos intereses en la construcción de su sistema de vida. Cuando se alcanza cierta seguridad en estos temas centrales se puede, entonces, dedicar al mundo de la exterioridad (el deporte, el éxito y la carrera profesional, la vida agitada y la diversión) o al mundo del compromiso que enriquece la propia vida interior (religión, compromiso social, estudio y cultura).

Luego, cuando llega el tiempo de examinar los *sueños* y los *proyectos* para el futuro de los adolescentes y los jóvenes, lo que más llama la atención es la escasa consistencia que en ellos existe de los proyectos llamados “*tradicionales*” que cuentan con una cierta estabilidad; al contrario, sus proyectos suelen ser más amplios, imprecisos, vagos, con mucho por explorar en el nivel de los proyectos concretos en los que hay que elegir y actuar.

En este contexto, paradójicamente, la familia, entendida como la base que proporciona seguridad y que es siempre tenida en cuenta, no constituye para el joven una opción apetecible cuando se trata de hacer una elección para la vida futura. Efectivamente, entre los proyectos de los jóvenes aquel de “conformar una familia” no es considerado un proyecto tan necesario cuanto lo es el de tener “una hermosa familia”. Entre la necesidad y la perspectiva futura hacia la que se debe orientar la vida, se constata una especie de dicotomía que se presenta problemática en relación con el compromiso concreto para realizar un proyecto familiar personal.

Sobre los proyectos más específicamente existenciales, como la vocación al sacerdocio o a la vida consagrada, me agrada citar un dato muy interesante que me ha hecho pensar. En las entrevistas realizadas a un grupo de adolescentes, resultó que el 20% de los adolescentes – sobre todo entre los 14 y 15 años – había deseado alguna vez llegar a ser sacerdote o religiosa, o bien, comprometerse durante toda la vida como misionero/a para el servicio de los más pobres.

El anterior dato parece que en este momento hubiera disminuido, según lo muestra la investigación de Garelli sobre “Jóvenes y Vocación”: solo el 10,7% de la muestra de estudio admitió haber pensado alguna vez optar por una vocación religiosa o sacerdotal. Se trata, sobre todo, de jóvenes, sin distinción de género, edad o condición social, que han tenido la experiencia de pertenecer o participar en las actividades de la parroquia o de alguna asociación católica y que han tenido familiaridad con religiosas o sacerdotes. Este dato hace que invoquemos el testimonio y la estabilidad de ciertos ambientes en los que se respira un clima religioso y sano, unas buenas relaciones con los adultos o con las comunidades (Garelli 2006, 83-103).

Estrategias para enfrentar la realidad y estilo para tomar decisiones

La capacidad de proyectar elecciones definitivas para la vida remite necesariamente a la capacidad de encontrar un objetivo en la existencia; en el mismo orden de cosas, la posibilidad de tomar decisiones de vida está unida al sistema personal de valores. Esto terminaría a la deriva si no se pusiera en confrontación con la capacidad de “enfrentar” las diversas situaciones o dificultades que salen al paso cuando se trata de poner en acto los procesos de elección y decisión.

¿Cuáles son los modos y las estrategias que el sujeto realiza con respecto a la elección? En efecto, las actitudes de la persona que siempre se pone como protagonista y actor de la realidad, pueden modificarse según la estructura de la situación en la que se encuentre, el significado que se le atribuya y las expectativas y ventajas que se espere sacar de allí. Esto es fruto de los procesos de socialización, mediante los cuales el sujeto adquiere estrategias para enfrentar diversas situaciones sociales o personales, manteniendo un control eficaz de ellas.

Cuando se trata de procesos para tomar decisiones, se busca que esté presente, por una parte, la capacidad de “resolver conflictos” y, por otra parte, la *motivación* (intrínseca y extrínseca) del sujeto. Estas dos condiciones hacen posible la realización de elecciones y la toma de decisiones, pero además y, sobre todo, la superación del conflicto o de la ansiedad que él produce. En efecto, la noción de *enfrentar* los problemas se ha desarrollado en el contexto de los estudios sobre el estrés, en particular el estrés psicológico que se evidencia cuando la persona se da cuenta que la realidad le exige respuestas que van muchas veces más allá de sus propios recursos o capacidades, al punto tal de influir en su propio bienestar (Lazarus R. S., *Psychological stress and the coping process*, New York, Mc Graw-Hill 1966).

El proceso para *enfrentar* la realidad es por su propia naturaleza una actividad cognitiva y exige ante todo la capacidad de evaluar la situación; pero también, la capacidad de resolver, de apersonarse y de tolerar los problemas que se derivan de esa situación. Entran en juego, entonces, otros factores de carácter emotivo y afectivo, además de los racionales, que pueden facilitar o condicionar las actitudes del sujeto, entre las que podemos contar la autoestima y la auto eficiencia.

El estilo con el que los jóvenes enfrentan las dificultades y se ponen delante de situaciones como las de elección o toma de decisiones, exigen un conjunto diverso de habilidades cognitivas, emotivas y comportamentales.

En el ámbito de la investigación psicosocial, han sido identificados tres modos frecuentes de *enfrentar* diversas situaciones: *orientación al compromiso*, *orientación a las emociones*, *elución-fuga*.

La estrategia que más se utiliza es de carácter racional; es decir, la orientación al compromiso que conlleva una actitud activa en relación al problema para que tenga pronta solución. En tal caso, se trata sobre todo de jóvenes en los que se presenta un mayor índice de autocontrol, mejores recursos psicológicos y una visión más madura y clara del propio futuro.

El segundo estilo para enfrentar la realidad es el determinado por el registro emotivo, sobre todo donde se exige una respuesta que vincula al sujeto en su dimensión afectiva y hace que la atención se desplace de la realidad al sujeto. Esta estrategia es utilizada preferentemente por sujetos en los que hay carencia de autocontrol, sus recursos personales se encuentran disminuidos por una baja autoestima y las ideas sobre su futuro son aún poco claras.

La tercera modalidad que trataremos para enfrentar los problemas es la de la elución y fuga; es decir, la tendencia a no hacerse cargo de la dificultad sino a evitarla dilatando el tiempo para encontrar respuestas acertadas. Es un estilo típico de los jóvenes que presentan como característico un escaso sentido de responsabilidad, pero también ideas muy poco claras sobre el futuro (Grassi R., *Giovani, religione e vita quotidiana*, Bologna, Il Mulino 2006, 173-175).

Cuando nos encontramos de frente a elecciones o decisiones difíciles de tomar salen a la luz estos estilos para *enfrentar* los problemas, sobre todo con el objetivo de encontrar la solución de conflictos. De allí derivan distintos estilos para tomar decisiones: algunos son “adaptativos” mientras otros son “desadaptativos”. Entre los estilos que hemos estudiado el más común y difundido es el de la *procrastinación* que, como ya lo dijimos, hoy se ha convertido en un modo típico del estilo juvenil y que consiste en remitir a otro momento del futuro la toma de una decisión importante para la vida, sobre todo en lo que se refiere a aquellas elecciones que son ambivalentes (Janis I. L.- Mann L., *Decision Making: A psychological analysis of conflict, choice and commitment*, New York, Free Press 1977).

1.3. La opción vocacional, proceso de una decisión compleja

Estudios e investigaciones en el ámbito de la psicología del desarrollo o de la orientación han considerado la elección como un problema aislado y contingente; el proceso de toma de decisiones ha sido puesto en relación con los procesos evolutivos a través de los cuales se realiza la construcción del *proyecto profesional/vocacional* del sujeto: crecimiento, exploración, estabilización, mantenimiento, declive. Cada uno de estos estadios se presenta caracterizado por una secuencia de *tareas de desarrollo*, en el que el desarrollo vocacional representa un recorrido continuo y dinámico que implica un proceso interactivo entre los conocimientos y las competencias del individuo y los factores socio-culturales con los cuales debe interactuar.

En este sentido es de fundamental importancia la relación entre la imagen de Sí Mismo que el sujeto elabora durante el tiempo en el que interactúa con los demás y su entorno a través de la continua y progresiva adquisición de conocimiento, habilidades y competencias, y el tipo de elección académica/profesional a la que aspira, el análisis que el individuo ha hecho de sí, los eventuales problemas y las estrategias utilizadas.

Desde este punto de vista, la familia, en primer lugar, y las instituciones de formación asumen un papel de central importancia en la elaboración de esa percepción de sí mismos (el Yo Real y el Yo Ideal /Profesional) en beneficio de la adquisición de competencias y habilidades para tomar decisiones.

La intervención en términos de orientación y de sostenimiento de dicha transición es, ante todo, un proceso educativo/formativo continuo para el descubrimiento que debe hacer el sujeto de su propio proyecto de vida: es, precisamente, en la continua relación entre proyecto personal y desarrollo de la identidad, donde interactúan las múltiples dimensiones del Ser.

El *Yo pasado* (experiencias vividas e historia personal de vida) se entrelaza con el *Yo presente* (vivencias y experiencias actuales, contexto relacional de pertenencia a grupos de gustos afines, familia, docentes) y pone las bases para el desarrollo del *Yo Ideal-Futuro* (representaciones, prefiguraciones, expectativas, sueños y deseos). Solo la elaboración consciente, por parte del sujeto, de esta dinámica y continua interacción entre las dimensiones del Yo, permite la creación de espacios de conocimiento y reflexión sobre los sentidos de la propia existencia, en la construcción de la propia identidad personal y social según una proyección consciente.

La elección, en cuanto proceso complejo y articulado no exenta de conflictos e inseguridades, exige, por una parte, el desarrollo de capacidades y competencias auto-evaluativas del Yo, en particular de la propia imagen de sí mismo proyectada al futuro, que no se pueden anticipar o llevar a la madurez antes del desarrollo de las capacidades cognitivas que consienten la posibilidad de reflexionar sobre sí mismos y sobre el futuro, independientemente de la realidad presente y concreta.

Al mismo tiempo, la elección es la realización de los procesos decisionales y de autoevaluación de los propios recursos en vista de un objetivo que se debe alcanzar y que permite la maduración de la identidad o, mejor, la re-exploración de sí mismo y la re-estructuración de la propia identidad a través de la renovación del propio espacio de vida. En efecto, la decisión o decisiones tomadas por el sujeto se convierten en fundamentales para el proceso de construcción de la identidad, en

el sentido que lo “obligan” a definirse y a asumir una posición en relación a su futuro.

Al respecto, existe una recíproca influencia entre *orientación al futuro y definición de sí mismo*. Mientras de una parte la orientación al futuro acelera la proyección de sí mismo en la dirección de las elecciones de profesión o de vida que conllevan a la formación de la identidad, por otra parte, el concepto de sí, como núcleo central de referencia y de síntesis de todas las experiencias, viene a su vez a ser modificado y reestructurado en base a las expectativas y proyectos para el futuro.

2. LAS ACTITUDES DE LOS JÓVENES EN RELACIÓN A LA VOCACIÓN: ENTRE FASCINACIÓN Y RESISTENCIA

La relación entre jóvenes y decisiones vocacionales representa en la actualidad un fenómeno de particular complejidad. Pero aún más compleja resulta la relación entre los jóvenes y las vocaciones religiosas ya que se vinculan todos los elementos del mundo juvenil que son muchas veces contradictorios y que, en estas últimas décadas, han fragmentado y recompuesto incluso el campo religioso.

Todas las investigaciones sobre jóvenes y religión evidencian elementos que parecen contrapuestos, como por ejemplo, el apego y la autonomía, la fuerte identidad católica y la débil identificación con la Iglesia católica, la continuidad y discontinuidad en las prácticas religiosas, el reconocimiento de la Iglesia como fuente de valores morales y las reivindicaciones de la libertad en las propias elecciones éticas.

Por ello se presenta incluso en el campo religioso y, más específicamente, en el ámbito de las opciones vocacionales, una cierta complejidad que ya de suyo se presenta en la sociedad en general. Entre los signos de esta complejidad se encuentra sobre todo la escasez de vocaciones religiosas, tanto masculinas como femeninas, además de las crisis de las vocaciones matrimoniales y/o de compromiso existencial.

En todos los niveles de la vida se constata la dificultad para elegir la propia vocación; esto no es nada distinto a todo el malestar que provoca vivir al interior de una sociedad fuertemente connotada por la incertidumbre. Allá donde se abren numerosos senderos, el individuo no sabe cómo discernir y decidirse por un camino u otro, o también si su decisión será temporal o “para siempre”. Es decir, que la persona no sabe si asumir la actitud del explorador que siempre cambia de recorrido buscando descubrir nuevos caminos o si, por el contrario, asume un claro y preciso sendero con una sucesión de etapas o una meta final o, incluso, si elige el nomadismo como estilo de vida, en el que se multiplican los recorridos posibles y se tienen siempre a disposición miles de alternativas posibles.

En tal sentido, los jóvenes reflejan en sus vidas plenamente la moderna cultura de la “movilidad” que lleva a rechazar la idea de la vida como un itinerario predefinido y fijo, y privilegiar una orientación a la experimentación y a la continua puesta en discusión del propio proyecto de vida.

En las sociedades avanzadas, con excepción del nacimiento, casi nada está pre-determinado: trabajo, identidad, afiliación política y religiosa, e incluso, la identidad de género. En las sociedades tradicionales, por el contrario, todo estaba condicionado por el solo hecho del nacimiento, luego de éste la criatura ya se podía imaginar qué tipo de trabajo, carrera, matrimonio, pertenencia religiosa, estilo de vida y costumbres tendría. En la sociedad actual ya casi nada en la vida está predeterminado por el contexto social, cultural, religioso y, por lo tanto, estamos “obligados a decidir”.

Mientras existen demasiadas opciones y alternativas, paralelamente se ha disminuido la intensidad del “compromiso” o “ataduras” que vinculaban la voluntad con carácter definitivo únicamente a una opción. Las “ataduras” son dadas por las pertenencias religiosas y los campos de acción religioso estructuralmente preconstituidos, dentro de los cuales cada creyente se coloca.

«Si las ataduras religiosas subrayan sobre todo el elemento de sentido y de permanencia, las opciones religiosas son, por demás, posibilidades de elección y alternativas de acción en los comportamientos religiosos. En ambas circunstancias, sin embargo, se encuentran elementos ambivalentes: las ataduras son ciertamente valores que “dan sentido” pero pueden llevar a ser vínculos castrantes o cadenas; las opciones son ciertamente presupuestos de libertad y posibilidad pero pueden también debilitar las coordenadas de referencia del individuo. Y, sin embargo, las opciones no dejan de ser deseables sólo porque falten las ataduras que les dan sentido» [Berzano L.- Genova C., *Vocazioni tra rinuncia e autorealizzazione*, in *Rivista di Scienze dell'Educazione*, XLV (2007) 1, 37-54].

En realidad, en el contexto actual, parece que están creciendo “nuevas ataduras” que quizá todavía se escapan a los ojos de los investigadores, aun cuando sean demasiado vistosas, como por ejemplo, las desesperadas formas de búsqueda de uniones o relaciones de “dependencia”, especialmente aquellas derivadas de las nuevas tecnologías de comunicación.

2.1. ¿Cuál idea de ‘vocación’?

¿Cómo es percibida la realidad de la vocación y dentro de cuál lógica? ¿Para los jóvenes la vocación resulta ser una realidad “lejana”, relegada solo a la dimensión religiosa de la existencia o es percibida como algo que puede dar sentido a la vida como un “proyecto” al cual se puede orientar las propias energías afectivas o volitivas? ¿El horizonte de sentido de los jóvenes está abierto o está cerrado a las grandes perspectivas de compromiso, de dedicación y realización, o, por el contrario, se limita a las posibilidades y oportunidades, escasas o no tanto, que la sociedad les ofrece en la inmediatez de la vida cotidiana? ¿Cómo es acogida y elaborada la identidad vocacional que se presenta como “nueva” identidad, en el conjunto de las experiencias y vivencias, de los sistemas de sentido y de los estilos de vida y de las opciones que componen su identidad personal y social que ya, en algún modo, ha sido construida?

A propósito, es interesante la investigación sobre *Jóvenes y Vocaciones* que ha puesto en evidencia el hecho de que los jóvenes no parecen absolutamente desentendidos de la idea de vocación; al contrario, parece que no han dejado de soñar y de ser atraídos por los grandes ideales. Todavía los jóvenes admiran opciones de vida más vinculantes y comprometidas que respondan a una “llamada” particular que exige fuerza de voluntad, ánimo y fidelidad en el compromiso (Garelli 2006).

En efecto, el 10,7% de los jóvenes encuestados en la investigación declaró haber pensado algún día que tenía vocación religiosa, o quisieron ser sacerdote o religiosa o miembro de un instituto apostólico. Se trata de un dato consistente, sobre todo si se piensa en el número progresivamente decreciente y decididamente más exiguo de jóvenes que hoy, de hecho, abrazan esta vocación. Para ellos resultan más fascinantes otras perspectivas consideradas más amplias, con mejores condiciones de vida profesional y existencial, a las que se “sienten llamados” y entre las cuales es posible hacer una “elección” para realizar un proyecto en el que puedan afianzar la propia existencia.

Prevalece en los jóvenes una imagen muy positiva de la vocación que es asociada a la idea de realización (79%) o de satisfacción (71%), entendida más como una forma de expansión y de libre expresión del Yo y no como renuncia (13%) e imposición (8%). Esto exige que se vincule el valor de la autenticidad, de la plenitud y de la orientación personal y autónoma de la elección y posterior decisión.

Los jóvenes leen la opción por la vida religiosa como una decisión individual en la dirección de un pleno desarrollo de la propia personalidad. Se trata de una concepción de vocación que está siendo muy influenciada por la concepción de la vida en general dentro del ámbito de la sociedad actual, vista por las nuevas generaciones como un recorrido que se debe hacer en medio de elecciones individuales en la dirección de un sendero que se asume si se considera mejor; no es una percepción de la vida que derive de un “sentirse llamados” por algo o Alguien. La vida entera es concebida como una cuestión de vocación pero no necesariamente unida a una llamada

religiosa en términos de búsqueda de sentido o del propio yo profundo. Por lo cual, seguir la propia vocación significa desarrollar las propias competencias y recursos, secundar las propias inclinaciones y realizar un proyecto personal.

De hecho, el 31,8% de los jóvenes define la vocación como una inclinación o un talento personal; el 24,5%, como un compromiso por un ideal o una causa; el 16,8% como un proyecto por realizar; mientras el 26,9% relaciona el término en sí con una llamada a la vida específicamente religiosa. Paralelamente, son conscientes de encontrarse en una visión más inclusiva y universal de vocación, en el sentido de que todos debemos estar llamados y no solamente unos pocos “elegidos”: el 51,5% considera que todos tienen una vocación y que la dificultad consiste sólo en la fuerza de voluntad para dar el paso definitivo; el 26,5% sostiene, por el contrario, que no existe una vocación sino elecciones individuales, mientras el 22,0% considera que solo algunas personas que toman decisiones de vida particulares tienen una vocación.

Referencia inequívoca a la fe en Dios

Un factor de discernimiento en el modo de concebir la vocación es dado por la orientación religiosa: lo que llama la atención es la declaración de pertenencia – es decir, de identidad – religiosa a la Iglesia Católica (el 84,3% se declara católico; el 2,6% pertenece a otras religiones; el 13% no tiene religión).

«Este dato que supone una cierta identidad con la iglesia Católica es, para muchos, un dato que no se refiere a una “elección” sino a un acomodamiento a una tradición secular; se puede llegar a considerar que el llamarse católico influye en el éxito de la socialización primaria con efectos a más largo plazo por lo que concierne a la identidad. Al contrario, es en el campo de la identificación con la religión católica que la modernidad incide de manera decidida, favoreciendo alternativas y discontinuidad. El mismo contexto de una creciente “oferta religiosa” en el que se encuentra inserto el individuo de hoy no hace más que acrecentar la posibilidad de experimentar identificaciones sucesivas con ellas; en tal contexto es donde se llevan a cabo procesos de *socialización anticipada* con respecto a otros universos religiosos, con todos los posibles elementos de tensión que esto conlleva» (Berzano-Genova 2007, 41). Por lo demás, la vocación en cuanto tal no tendría sentido sin una clara referencia al primado que debe tener Dios en la vida de la persona.

Modelos de vocación y compromiso social

Junto a una visión optimista y positiva del mundo vocacional surge la convicción que cada persona tiene una misión y una tarea por realizar y que una vida digna de llamarse tal no es la suma de elecciones casuales o de experiencias que se deben buscar cada día.

La *dimensión proyectual* y de *compromiso personal*, está presente en la concepción vocacional de los jóvenes no solo como una cierta predisposición. El 31,8% define la vocación como *una inclinación o un talento personal*; el 24,5% como *el compromiso por un ideal o una causa*; el 16,8% como un *proyecto* que se debe realizar, mientras el 26,9% la ve como una *llamada* a la vida religiosa. Paralelamente, el 51,5% considera que todos tienen vocación y que la dificultad se encuentra en la débil fuerza de voluntad para ser consecuentes; el 26,5% sostiene, por el contrario, que la vocación no existe sino que solo se han de tener en cuenta las decisiones individuales, mientras el 22% piensa que solo algunas personas, que hacen verdaderas opciones fuera de lo común, tienen lo que se llama “vocación”.

En este estudio se evidencia, por lo tanto, una idea más personalista y “laica” de vocación, en el sentido que siendo una oportunidad para todos, ofrece a las personas la posibilidad de realización y desarrollo de los propios talentos y proyectos.

Al mismo tiempo surge también la idea que la vocación esté constitutivamente conectada con la dimensión de compromiso: un compromiso dirigido hacia sí mismo y hacia los demás (75%). Esto

nos hace pensar en el hecho de que invertir energía está orientado sobre todo, en primer lugar, a la realización y al cuidado de sí mismo y no tanto a la dedicación y al sacrificio que podría beneficiar a los demás.

Estos datos encuentran su confirmación en los recientes avances de la psicología, que evidencian de qué modo el *proyecto vocacional* se desarrolla en conexión con la definición de sí mismo y el proyecto propio, y depende – especialmente en edad adolescente – de la identificación con personas, comunidades, ambientes y propuestas de vida que constituyen modelos de referencia para lograr y asumir una opción de vida coherente con el propio proyecto de vida.

En este sentido, la vocación debe entenderse como *desarrollo* (aspecto dinámico) y como *proyecto* que progresivamente se va descubriendo y elaborando en armonía con la propia identidad.

Estoy personalmente convencida, en el contexto de una concepción integral de la persona, que la vocación es una realidad dinámica e histórica que se debe insertar en el proceso de maduración de la personalidad y se desarrolla y consolida en el tiempo, en medio de un contexto humano y relacional. El llamado de Dios frecuentemente se dirige a una criatura que ha sido considerada en la totalidad de sus recursos actuales y potenciales, y en todos sus dinamismos. Dios llama a la persona en su integridad, unidad y entereza; por ello no se puede pensar que la vocación solo implique una parte del ser, o que coincida solo con un aspecto o una dimensión de la personalidad.

En síntesis, como comenta Garelli, director de la investigación, en los jóvenes se ha ido difundiendo una idea “festiva” de vocación, capaz de ennoblecer la experiencia ordinaria y de dar sentido a las pequeñas opciones de la vida cotidiana que van desde las relaciones con los amigos al dinamismo de la afectividad; de la ampliación de las posibilidades de expresar los sentimientos a la apertura a la diversión. Sin embargo, al mismo tiempo se encuentra la clara tendencia a reconocer la importancia de vocaciones más comprometidas y “obligantes” como una especie de nostalgia de grandes horizontes de sentido y de altos ideales.

Irrelevancia de ciertas figuras de adultos

En toda esta exploración y realización de la propia vocación, los jóvenes encuentran dificultades para identificar en su entorno figuras de adultos o “ejemplos significativos”, capaces tanto de condicionarlos para una buena decisión o para aventurarse en aceptar la opción de una “idea alta de vocación” o de testimoniar una vocación concreta.

Los mismos educadores, sacerdotes, religiosos y religiosas proponen con excesiva discreción a los jóvenes la consecución de altas metas, como la de la vida consagrada, quizá dejándose llevar del temor que les produce la cultura predominante o el carácter de “contracorriente” que supone esta decisión.

En estas figuras que llamamos “significativas” y aunando a ellas los padres de familia, que siempre son considerados como un principal punto de referencia, los jóvenes encuentran no tanto un estímulo o una provocación positiva sino un ejemplo de “seguridad”.

Cuando se les preguntó a los entrevistados si alguna persona en el transcurso de su vida los ha ayudado a entender y a asumir su propia opción vocacional, especialmente la decisión a la vida religiosa, más de un tercio (36,6%) no logró identificar alguna figura relevante en tal sentido. Por el contrario, entre los que identifican una figura relevante que les haya ayudado a tomar una decisión, el 41,2% señaló a sus padres como punto de referencia y el 14,5% a los amigos, restringiendo, por lo tanto, el contexto de las “personas ejemplares” al núcleo más estrecho de sus propias cercanías sociales.

Lo que más llama la atención es que la confrontación con experiencias de vocaciones y de realizaciones vocacionales exitosas sucede con modelos horizontales (los amigos y coetáneos) y

no tanto con modelos verticales (los adultos). Quizá en el origen de este fenómeno encontramos, por un lado, la dicotomía/distancia generacional con los adultos y, por otro lado, la autoreferencialidad de los jóvenes: unos por la dificultad que encuentran para comunicar y transmitir su propia experiencia de vida y los otros por la facilidad que tienen para compartir sus proyectos de manera independiente de modo que no pierda tiempo y entusiasmo la propia voluntad de autodeterminación y de autodirección.

Carencia de mediaciones de acompañamiento

Observando la realidad y confrontándola con los datos de las investigaciones, se puede llegar a la conclusión que no solo faltan las figuras parentales afectivas sino además las de los *adultos-guía*, los *acompañantes* que se ubican junto a los jóvenes indicando el sendero que los conduce al encuentro de estrategias idóneas para enfrentar la inestabilidad, la incerteza y la precariedad de las elecciones y decisiones que ahora caracterizan incluso las fases sucesivas de la vida.

A propósito, en Italia está emergiendo una situación de verdad preocupante. En el *Informe EURISPES 2010* sobre la condición de la infancia y la adolescencia y en el *Informe CENSIS 2010* sobre la situación social del país, resulta con claridad la imagen de niños y adolescentes desorientados y cada vez más solos en esta sociedad en crisis que cada día es más problemática de frente a la invasión y la permisividad de internet con sus implicaciones no conocidas del todo, tanto en el modo de ser y de comunicar, como en su influencia sobre la identidad y las relaciones sociales; esta realidad está haciendo crecer fenómenos de soledad o, mejor, de aislamiento, como también algunas formas de malestar afectivo y relacional por la amplificación de las apariencias y por la búsqueda de contactos cada vez más dispares, con frecuencia peligrosos, sobre todo para los adolescentes y los jóvenes más vulnerables.

Finalmente, en lo que corresponde a las opciones vocacionales, los jóvenes de hoy en día renuncian más fácilmente a la idea que se había encendido en su vida, quizá desde la infancia o adolescencia, para abrazar la vida consagrada. Aun cuando advierten una cierta fascinación y admiración por quienes tienen la valentía de entrar al seminario o al convento, o aún más por quienes se dedican a vivir experiencias de servicio y misión en lugares apartados, casi que siendo marginados por la sociedad y por la historia, sin embargo los jóvenes no encuentran figuras vocacionales significativas en los lugares ordinarios de su vida cotidiana y luego de reflexionar por dos o tres años renuncian al ideal de la vida consagrada con la misma prontitud con la que quisieron iniciar un proceso de discernimiento.

Por ello es fundamental enfrentar de manera decidida la cuestión del acompañamiento, preparando para dicha tarea a personas capaces de educar orientando y acompañando.

3. DESAFIOS PARA AFRONTAR: RECURSOS Y CRÍTICAS

¿Qué hacer para ayudar a los jóvenes a afrontar el arriesgado pero a la par fascinante deber de elegir hacia dónde dirigir la propia vida con serenidad y seguridad y a controlar y gestionar los aspectos negativos de la propia inseguridad, deficiencias de la desorientación que caracteriza la sociedad y el contexto en el que nos encontramos inmersos?

¿Cómo facilitar el complejo proceso de elección y decisión sobre todo frente a las elecciones existenciales en la que gastar las propias energías de vida? ¿Cuales son los obstáculos, tensiones, críticas que afrontarían los educadores y la comunidad, las instituciones educativas para ayudar a los jóvenes que manifiestan cierta atracción y fascinación hacia la vida sacerdotal y religiosa para enriquecer con el tiempo estas elecciones con actitudes interiores, personales (disposiciones espirituales y humanas de fondo, itinerarios de crecimiento en la fe, madurez afectiva y de relaciones, libertad interior y autonomía de juicio, apertura a la verdad y a la gratuidad, etc.) y después ambientales y comunitarias ?

Estos interrogantes son indicadores para esclarecer el camino, elegir estrategias e itinerarios a

realizar, a nivel individual y comunitario, como acompañadores y maestros de vida. Entre los desafíos indico algunos que me parecen prioritarios y de fondo... el resto la reflexión queda abierta a propuestas, especialmente relativas al contexto y diversas situaciones de trabajo educativo y pastoral.

3.1. Educar en elegir entre racionalidad y afectividad

Una primera situación que afrontamos desde el punto de vista educativo nos lo plantea 'elegir' en cuanto tal. El esfuerzo de "tener que elegir", el miedo a elegir, son ya un desafío que hay que afrontar no inmediatamente sino a largo plazo... Se trata de *organizar todo el proceso educativo como educación para la elección y para la decisión*.

Particular atención merecen las *nuevas necesidades formativas* que emergen del mundo juvenil y las tensiones que viven los jóvenes sin ser directamente responsables: nos referimos a tantas cosas que suceden en la sociedad actual de incertidumbres y que convierten las responsabilidades a largo plazo cada vez más raras y difíciles, la responsabilidad duradera (fidelidad al trabajo elegido) una excepción, la necesidad de reducir los riesgos y evitar cerrarse a cualquier posibilidad frente a oportunidades cambiantes ofrecidas por la sociedad.

Educación a elegir comporta una atención específica a los *procesos para decidir*, sobretodo a partir haber comprendido las *dificultades relativas a la decisión* de adolescentes y jóvenes, especialmente en situaciones críticas para elegir, de la selección de *estilos y/o estrategias de decisión* que ponen en acto, para ayudarles a través de un iter formativo (*training*) que tenga como objetivo el enseñar cómo tomar decisiones y llevarlas a cabo a través de ejercicios necesarios que afronten el stress de la desorientación derivado del conflicto entre opciones alternativas y críticas.

Esto comporta *valorizar el rol de las emociones y de la personalidad* en los procesos de decisión, aparte de las competencias cognitivas propias y necesarias para valorar las diversas alternativas de elección.

A este punto prestamos atención a la madurez integral de la persona, sobre todo la capacidad de autonomía, premisa indispensable para conseguir la *maduración de una libertad 'crítica'*: en primer lugar de los impulsos y múltiples solicitudes de una cultura que presenta la libertad individual como soberana, una libertad *que es problema* porque no sabe dirigirse a metas e ideales, ni poner en acto comportamientos y actitudes a fin de que la persona sea realmente libre y "responsable".

De hecho no es fácil crear las condiciones para que los jóvenes hagan experiencia de aceptar el riesgo y el fracaso que siempre va unido a las opciones. Es difícil aceptar la 'sujeción', los vínculos que cada elección lleva consigo.

3.2. Acompañar los procesos de formación de la identidad

La decisión vocacional hoy es problemática y se sitúa en el núcleo de la dificultad de realizar *elecciones* que, en el proceso vocacional, precede sentido cronológico la decisión.

Más allá de los muchos factores de tipo social e histórico-cultural o de malestar vocacional que sufren las instituciones y comunidades religiosas, la clave de lectura de tal dificultad se puede encontrar en la problemática actual referente a la identidad. Cada proceso de decisión y cada elección vocacional se aproxima o se opone al proceso de formación en la propia identidad. La dificultad para orientarse en la vida y en la fe, hacer opciones fundamentales son indicadores prioritarios en la falta de crecimiento en identidad. El desarrollo de cualquier proyecto de vida, ya sea profesional o vocacional va a la par con el crecimiento personal, especialmente en la adolescencia, y con la identificación con personas, comunidades, ambientes y propuestas de vida que son modelos de referencia a asumir como elección coherente con el propio proyecto de vida.

La decisión vocacional, de hecho, se impone en el momento preciso en que las motivaciones,

hacen necesaria una elección. Como la conducta tiene que ser coherente, es preciso salvaguardar en la persona las exigencias centrales respecto a las que son periféricas o las exigencias de prospectiva respecto a las puramente contingentes; la persona debe saber optar por lo que es mejor en sí mismo. Es un empuje a la búsqueda, un interrogarse por el significado, una *necesidad de dar sentido a la vida*.

Esta dinámica tensión incide notablemente sobre el desarrollo de los procesos de identidad juvenil: en particular sobre la maduración del concepto de sí; sobre la evolución de la madurez afectivo-sexual y la definición personal de un cuadro de proyectos y valores. Responsabilidad y maduración, capacidad de decisión y búsqueda de sentido naturalmente no aparecen de improviso durante la adolescencia. Son fruto de un "largo proceso de formación" que encuentra su lugar privilegiado de realización personalizada en el acompañamiento personal y de grupo.

Una atención especial merecen algunos procesos que, si por un lado son esenciales para fortalecer la identidad, por otra parte son un desafío y un problema en la actual sociedad, tal como hemos puesto en evidencia en la primera parte de la relación. Estos son:

- ✓ la *soledad y la autonomía*
- ✓ la *proyectualidad y la temporalidad*
- ✓ la *maduración afectivo-sexual y relacional*.

Es necesario cultivar la *atención a actitudes educativas* necesarias en cualquier itinerario de acompañamiento vocacional, como:

- ✓ Una actitud de *confianza y esperanza* conscientes de que la proyectualidad juvenil es un dinamismo interior que necesita ser activado y liberado. La confianza puede llegar a ser un factor de empuje para elaborar proyectos de realización personal y, sobretudo, para afrontar las dificultades de decisión y de responsabilidad duradera.
- ✓ La *ayuda del educador adulto*, que se sitúa cerca de él, de forma discreta y con confianza, puede ser un factor propulsivo que no solo ayuda a vencer dudas e indecisiones en el proceso vocacional sino que anima a llevar adelante el proyecto de vida reflexionado.
- ✓ La tensión proyectual se orientará más fácilmente en la dirección de responsabilidad en la elección de opciones significativas si el adolescente se siente acompañado en el camino de *descubrimiento de los valores* por los que vale la pena trabajar.
- ✓ La *pregunta de relación*, muy presente en los jóvenes, exige al educador confianza en él y no abdicar del propio rol de guía, de sostén y ayuda, de comunicador de la propia experiencia de vida. Se trata, evidentemente, de purificar y fortalecer la intención, que no sea autoritaria o excesivamente protectora y permisiva, sino más bien participativa y dialogal.

3.3. Formación de los educadores /formadores

En una etapa compleja, como es la adolescencia, es necesario reafirmar la importancia del acompañamiento, como espacio educativo y experiencia educativa de crecimiento, como espacio 'nuevo', no únicamente como lugar físico o psicológico, sino como trama y tiempo de relación personal, como lugar donde se realizan la atención y cuidado, los intereses y la solicitud por el otro y su maduración, donde se clarifican y se expresan los proyectos de formación y de inserción en la sociedad, donde se socializan los miedos e inseguridades sobre el mañana, donde se realiza discernimientos sobre el Designio de Dios y se maduran decisiones responsables.

Nudo central permanece siempre la *formación*, a nivel personal y comunitario, para conseguir capacidad relacional y afectiva, pero también pedagógica y espiritual, exigidas por el deber delicado del acompañamiento y para aprender a vivir este 'ministerio' como expresión y lugar de espiritualidad.

Un urgente deber educativo es asegurar *caminos de formación* que potencien:

- ✓ el acompañamiento y sostén de la familia, cuya centralidad educativa es indiscutible, no obstante las fatigas y dificultades al que está sujeta en el momento actual.

- ✓ Caminos de crecimiento personal de los educadores / acompañantes,
- ✓ El desarrollo de competencias relacionales y específicamente 'orientativas'.

EN CONCLUSIÓN

La situación actual marcada por la complejidad y la desorientación, sobre todo en relación al futuro, hace no fácil un análisis que conduzca a la unidad los múltiples fenómenos y factores que entran en juego en la dinámica de la opción y decisión vocacional.

La comprensión de los procesos que entran en acción para la elección y las dificultades de decisión de los jóvenes nos ha conducido a reafirmar la centralidad del problema de la elección y decisión en el ámbito de la orientación, en particular de la auto-orientación.

Las situaciones problemáticas y hasta conflictivas que envuelven la elección, exaltan el ansia y tensión, hacen a los sujetos más conscientes y vigilantes, pero al mismo tiempo les ayudan a implicarse profundamente en sus necesidades, inseguridades, habilidades y competencias y en el desarrollo de un proyecto personal de vida que los ayude después a insertarse gradualmente en el contexto social.

Las elecciones y el proceso de elección constituyen el nuevo campo de batalla en el que se juegan proyectos profesionales y vocacionales. Educar en la elección del género de vida, o mejor aún orientar en la elección, es una cuestión crucial en la actual "sociedad de la incertidumbre". Y aquí se focaliza el arduo deber del educador, de los orientadores llamados a favorecer la adquisición de competencias "decisionales" para elaborar y construir el proyecto personal.

Me parece poder sintetizar las principales instancias que emergen de la reflexión en los siguientes puntos:

- ✓ Valorar la *experiencia de elección* como el resultado de una larga serie de encuentros personales o institucionales que facilitan el difícil deber de elegir en el 'caos' de las mil fascinantes y atractivas oportunidades;
- ✓ el peso de la inseguridad, de la inestabilidad y riesgo en relación con la falta de procesos de autonomía personal y para decidir;
- ✓ el nudo o núcleo de la identidad personal, social y vocacional;
- ✓ el desafío de la orientación como proceso que implica a varias personas, *en primer lugar el sujeto*, después la familia, las situaciones educativas y el mundo del trabajo;
- ✓ el énfasis puesto en la elección como proceso siempre 'abierto'... en una cultura de la 'ambigüedad', para valorizarla en función educativa;
- ✓ la necesidad de educadores como 'guías' y 'abrecaminos' que sepan acompañar los procesos de crecimiento.

Concluyo diciendo que, no obstante la incertidumbre que hacen no fácil el camino a elegir, no se puede renunciar a soñar y proyectar el futuro. Más que lamentarnos es necesario afrontarlo actuando con sencillez en el presente para construirlo día a día en el hoy.

Morin, para hacer frente a la incertidumbre, típica de la complejidad, pone en acción *dos vías: el desafío y la estrategia*, que constituyen dos modalidades de utilizar el pensamiento en la complejidad (Morin E., *I sette saperi necessari per l'educazione del futuro*, Milano, Cortina 2001).

El desafío nos permite proyectar y arriesgarnos, la estrategia nos permite prevalecer por encima del programa, en el sentido de la acción que viene elaborada a partir de un escenario donde se manifiesten las certezas y las incertidumbres presentes en la situación.

Esto quiere decir, con otras palabras, que si el desafío sobre el futuro comporta una fe-confianza en algo o alguno que tiene sentido por lo que vale la pena invertir las propias energías, al mismo tiempo es necesario pensar en manera estratégica para mantenerse flexibles frente a las situaciones que cambian continuamente y, por consiguiente, saber adaptar el proyecto-programa

a tales evoluciones.

Es importante, en fin, no perder la *confianza pedagógica* de fondo, que consiste en descubrir en el corazón de los jóvenes las potencialidades que poseen para construir horizontes de sentido compartidos, más allá de la crisis de valores presente en nuestra sociedad.

«Donde hay una meta existe también la voluntad » (Frankl, 1974, 173). Si la libertad de decisión y de responsabilidad se presenta a la conciencia inviolable del individuo y a su libertad es también verdad que el educador –y nuestra comunidad - no deben renunciar a su propio rol de testigos de los valores: a él corresponde el deber de proponer desafíos, indicar objetivos y metas ideales, clarificar el sentido de la existencia para que los jóvenes puedan asumir autónomamente sus propias orientaciones sobre los valores, y optar.